

DE LOS HERMANOS ROMAN LAS CERAMICAS CRIOLLAS



La Huida a Egipto

POR la puerta de la vivienda cruzan, en un continuo entrar y salir, los forasteros. ¡Y hay que ver qué laya de forasteros! Son los tipos criollos más representativos del vivir popular. Porque la vivienda es un hotel, un pequeño hotel de Rancagua, y Rancagua fué siempre el punto céntrico del típico valle central. El campo es allí rico y generoso, y la capital de la provincia es ancho mercado para surtir a los campos de lo que viene de



Grupo Popular

afuera, y para consumir o para transportar a Santiago los productos de la región. Buenas muestras dan los campesinos de que los campos son ricos, en sus cabalgaduras, en sus aperos, en sus ponchos coloreados.

Por frente al hotel pasan, rumbo a la cordillera, gringos y mineros que van a tentar sueldos y jornales de El Teniente; cordillera abajo pasan también, frente al hotel, mineros y gringos a costear la juerga con los jornales y los sueldos periódicamente acumulados

Se paran frente a la puerta los huasos de Doñihue; la vista se marea un instante con los verdes, los rojos y los azules de los ponchos reverberantes al sol; hasta que en la pe-

Cueca





Lechero

Segador

en tiempos pasados se disputaban los bien aperados compradores.

Y en esa opaca vida provinciana, fulguraban fascinantes las noticias periódicas del hermano mayor, Samuel, alumno en la Escuela de Bellas Artes de Santiago, que empezaba a conquistarse alto y sólido renombre de escultor.

Un día, en el comienzo de la adolescencia, de quince años, uno, de catorce el otro, partieron de Rancagua por el mismo camino por donde se había alejado; años antes el hermano mayor, por el incitante camino que desemboca en Santiago.

numbra del zaguán, que cruzan, se apagan los colores; tintinean hacia adentro las espuelas de plata, y no fué posible dejar de advertir las grecas recargadas de los estribos. Y van por la calle, el motero, el tortillero, el arriero con sus mulas, pregonando sus mercancías. En los pasillos interiores estalla el requiebro y se escucha el relato temeroso de la última fechoría de los bandidos de lo Miranda, que dejó sobresaltados a los vecinos.

Partieron René y Benito juntos como siempre, y juntos como siempre entraron en la escuela primaria santiaguina. Y juntos, terminados los cursos de cada día, se dirigían a la Escuela de Bellas Artes y posaban para el hermano mayor en su taller de escultura; mientras posaban, los dos amasaban con greda del hermano figuras de fácil contorno, pájaros a menudo. Y la vocación se despertaba en ellos, esculpiendo.

Vinieron después los cursos nocturnos en la Escuela de Artes Decorativas; más tarde,

¡Qué espectáculo aquél para los ojillos maliciosos de René y de Benito Román Rojas, los dos hijos pequeños del hotelero! Entre sorprendidos y traviesos, anotaban y anotaban, figuras, hechos, gestos y colores.

Solían también ir al Mercado, y nunca dejaban de detenerse ante los muestrarios de toscos tachos de greda regionales, y con mayor embeleso si en algún puesto se ofrecían, en lozas de Talagante, figuras de rígido primitivismo.

De los recuerdos familiares que pasaban en la charla casera, ninguno les conmovía como aquel tío carnal, tallador primoroso de estribos, que

Organillero

Amansador

Pequenero



el ingreso a los cursos ordinarios de la misma Escuela, en calidad de alumnos permanentes, en esa Escuela en donde el hermano mayor era ya profesor, por haber triunfado en los Salones en que exponía y ante el público de la capital.

• • •

Ahora, formados en la disciplina artística, ¿a dónde tenderían los esfuerzos creadores de los dos hermanos? a esculpir, naturalmente, y como la memoria humana es imperiosa, empezaron a modelarse en la greda las figuras aquéllas que diariamente veían y comentaban en el umbral de su vivienda de Rancagua, muchas de las cuales volvían a encontrar en las calles apartadas de Santiago. El material de trabajo tenía también derecho a hacerse

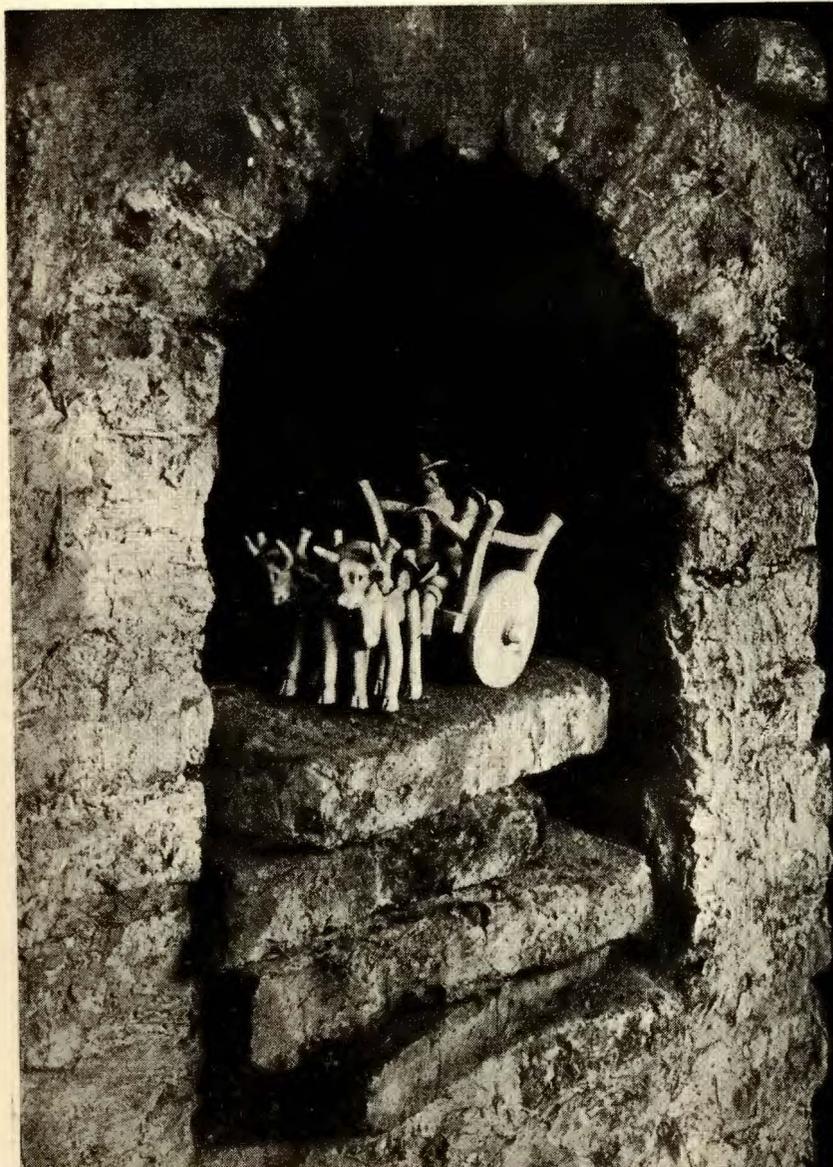
oír, como la memoria de los primeros años; era greda de Rancagua, de los campos nativos, la que seguían amasando.

Del trabajo constante y pacienzudo de ocho horas cada día, sin las intermitencias ni los desfallecimientos que suelen estropear la vida del arte, fué formándose una rica galería expresiva: el huaso, el organillero, la lechera, el arriero. El público, entonces, acudió a disputarse las intencionadas y bien coloreadas figuras.

Todo está en ellas, lo que de característico tiene nuestro pueblo; son comentario agudo y documento, por lo que reproducen la realidad; la línea estilizada y el ritmo que combina las líneas incorporan estas figuras a la pura y desinteresada creación artística. El huaso está con su apostura fachendosa, y el caballo se planta tan ostentoso como el huaso. Mitad hombre, mitad terrón, el gásfiter pueblino, el tocador de guitarra, el borracho a rastras del carabinero, sugieren el rancho próximo de quinchas y el camino polvoriento. Bigotudos, desgredados, ostentan sobre el pelambre renegrido el sombrero empingorotado y a medio rodar de su hirsuto sostén. La macuquería criolla irradia en la sonrisa torva; los pechos opulentos de las mujeres hablan de la tierra fecunda y de la raza tan fecunda como ella.

La imaginería popular de René y de Benito Román ha triunfado ya en los certámenes, en el Salón Oficial de Santiago de 1934, en el Casino de Viña en 1935, y muy especialmente en la exposición privada en el Hotel Savoy. Y la mejor lección que dan estos muchachos de expresión bondadosa y cazurra, es su modestia; su ritmo invariable de trabajo diario, su bonhomía aplaudidora de todo triunfo ajeno, la inseparabilidad complementaria de sus esfuerzos, como fueron inseparables en los días de la infancia.

Alfonso Bulnes C.



Carreta